

EL MISTERIO DE LA IDENTIDAD SEXUAL

FABIO A. ALVAREZ

Desde los inicios de mi formación analítica siempre tuve una marcada tendencia a interesarme por el origen, la etiología de las cuestiones psicológicas. Cómo una persona llega a ser quien es, porqué desarrolló ese síntoma y no otro, cuál fue el origen de su estilo personal para relacionarse, cómo conformó su “estética personal” (Bollas Christopher, 1987, 1989). Y también, cómo se formó su identidad sexual. Para mi sorpresa fui descubriendo que no son tantos los teóricos dentro del psicoanálisis que dan respuestas, a mi juicio satisfactorias, respecto del origen de la identidad sexual. Muchos se dedican a describir funcionamientos, sin abrir juicio respecto de cómo se originaron. Obviamente desentrañar tal origen no es una cuestión más entre tantas. Hacerlo implica comprender las cuestiones esenciales del funcionamiento mental humano. Se encuentran en la literatura muchas formulaciones, a mi juicio deficientes, por ser explicativamente pobres. Por ejemplo, y sin dejar de ser cierto, menciones generales al juego de identificaciones entre el infante y sus figuras de apego centrales (Sí, sí, pero por qué una identificación prevalece sobre otra? ¿Por qué tal estructura fantasmática predomina?). O bien cómo se estructuraron su Ideal y/o su Superyó, y cómo responde el sujeto a éstos (De acuerdo, pero por qué? ¿Cómo?). O asociarlo de manera difusa y global al desenlace del Complejo de Edipo, a los avatares de la pulsión, etc. Otras formulaciones llevan a un punto muerto, sin reflexión posterior, cerrando la cuestión. Me refiero a posturas teóricas cercanas a un instintivismo innato, o a suponer una estructura fija predeterminada, de la que se omite el origen. Es el instinto, la pulsión, la estructura. “Son los significantes que le tocaron en suerte”, decía un profesor de seminarios.

El tema de la identidad sexual, obviamente no es periférico respecto del tema de la identidad. Ambos están implicados mutuamente. El segundo, a mi juicio, incluye al primero. En la actualidad, el concepto mismo de identidad está siendo cuestionado. Varios autores contemporáneos de la filosofía, emparentados con el feminismo o los movimientos transgénero, critican la noción misma de identidad. Se plantea un cuestionamiento a la tendencia cultural a naturalizarla, como esencialista.

Tales autores, se basan en cierta lectura de Michel Foucault y Jacques Derrida. Para simplificar un debate harto complejo y extenso, que no podré desarrollar aquí, llegan a considerar que la noción de identidad es un constructo social, producida por los diversos discursos culturales (Véase Butler Judith, 1990; Flax J., 1990; Preciado Beatriz, 2002, 2013; etc).

A mi juicio el psicoanálisis debiera sostener una noción de identidad. También podríamos decir self, o sí mismo, o subjetividad, o singularidad. O como se la quiera llamar. Aún cuando consideremos que ésta no está asociada a una idea de completud. Aún cuando sea vacilante, no totalmente cohesionada, no absoluta. Con determinaciones inconcientes. No totalmente cognoscible ni definible. Aún cuando ésta mute en el tiempo, debiéramos seguir pensando que hay un sujeto que sigue preservando en su inconciente (tal vez fragmentariamente) esa historia, esa singularidad. (Winnicott Donald, 1960, 1984, 1989; Meltzer, Donald, 1998 ; Stern Daniel, 1991; Benjamin Jessica, 1995).

Lo mismo respecto de la identidad sexual. Que existan cambios, inconsistencias, vacilaciones, ambigüedades, no quiere decir que no haya predominancias.

La cantidad de literatura existente acerca del tema de la constitución de la identidad sexual es colosalmente extensa. E igualmente inabarcable. Arbitrariamente y al azar, mencionaré tres teorizaciones sobre el desarrollo psicosexual que considero significativas.

Laufer M. y Laufer E. (“Adolescence and developmental breakdown”, 1995) ponen la atención en la etapa adolescente como momento clave y crucial del desarrollo psicosexual. En esta etapa se termina de configurar, lo que denominan, fantasía masturbatoria central, la cual está asociada a una determinada elección de objeto, y/o implica una práctica sexual específica. Posteriormente, el inicio de las primeras experiencias de actividad sexual genital, harán que las fantasías previas y la tendencia identitaria sexual anterior se asocie (se amalgame) con una experiencia de satisfacción (sexual genital) concreta y real. Este hecho, este acoplamiento, generará una consolidación de la identidad sexual que, dicen, será irreversible y definitiva. Ellos dan una gran importancia al hecho de si la configuración sexual alcanzada, va a negar o no, la realidad de las características sexuales anatómicas del sujeto, pudiendo suceder que éste fracase en asumir sus genitales.

Probablemente esto desemboque en que el/la adolescente considere que su sexualidad es “anormal”. Este hecho será indicador de potencial riesgo de “breakdown” y, eventualmente hasta de ideación suicida.

Carlos Moguillansky (2010) ha teorizado acerca del debut adolescente. El autor plantea que la forma y modalidad en que el adolescente enfrenta su debut sexual, estarán determinadas por todo el bagaje psicológico, valorativo, e identificador arrastrado desde la infancia y la latencia. Ante el debut, hay básicamente dos posibilidades: que el sujeto se identifique con esa experiencia (fuese cual fuese), con ese sentir, y lo asuma como propio: “Yo soy ese, yo gozo así”, “A mi me gusta eso”. O bien que asuma que la experiencia no le es propia, que no se identifique con ella, (tal vez por considerarla inaceptable, o anormal). Esto último dará lugar a rasgos posteriores de clandestinidad, escisión, y tal vez de patología. Mi intuición, es que esto último, en especial el matiz de clandestinidad y escisión, podría dar lugar al desarrollo de rasgos perversos, (véase Jiménez Juan Pablo y Moguillansky Rodolfo en “Clinical and theoretical aspects of perversion”, 2011). El autor sostiene, además, una interesante tensión no resuelta, entre considerar el momento del debut como hito de consolidación definitiva de la identidad sexual, y la noción de que la misma, tal vez como nada lo es en un sujeto, nunca es definitiva.

Lejos de los anteriores, Robert Stoller (1968, 1973), autor del tan citado “Sex and gender” (1968), abordó el término “género”, y lo atrajo hacia el psicoanálisis, diferenciando sexo anatómico, género y elección de objeto sexual. Sostiene que todo sujeto humano alcanza, lo que él llama, una Identidad sexual nuclear, alrededor de los dos o tres años. Dice que tal identidad, en la medida que la persona se aleja temporalmente de ese momento de constitución, se vuelve cada vez más irreversible. Otro aspecto que plantea, en un primer momento me pareció irrelevante, tal vez obvio. O bien en un principio no lo comprendí. Me refiero a la importancia que el autor le atribuye a la realidad genital anatómica, y los efectos psicológicos de su autopercepción permanente por parte del propio sujeto, como una variable de gran peso específico en la constitución psicológica de la identidad sexual. Mi sensación es que este factor, muchas veces es desestimado por gran parte de los psicoanalistas, tal vez debido a la ya famosa no comunión que plantea Freud, a partir de los Tres ensayos, entre genitalidad y sexualidad, anatomía y deseo, y pulsión y objeto. Pese a ello, muchos otros autores (aunque también el

mismo Freud) han remarcado la importancia de los efectos de la autopercepción del cuerpo anatómico en la psiquis del sujeto, especialmente debido a la imposibilidad de sustraerse del mismo (véase Freud Sigmund, 1925; Aulagnier Piera, 1985).

En el presente trabajo, a partir de dos materiales clínicos, intentaré acercar algunas reflexiones etiológicas respecto de dos configuraciones singulares (entre infinitas posibles) de identidad sexual asociadas a la homosexualidad masculina. Ya Freud había intuido, que no hay una sola homosexualidad. (véase Freud Sigmund, 1909). Lo que denominamos homosexualidad incluye una gran variedad diferente de identidades, prácticas sexuales, tipos de relación, modos de funcionamiento, fantasías, etc. Tal abanico puede abarcar una amplia gama de configuraciones, desde funcionamientos de estilo neurótico, hasta estructuras psicóticas. (Ver Peskin Leonardo, 2014; Meltzer Donald, 1988).

Desde hace ya un tiempo, muchos psicoanalistas han sido objeto de críticas por varios autores debido a una tendencia supuesta a idealizar acríticamente el desarrollo heterosexual, y patologizar la homosexualidad (véase Chodorow Nancy, 1994; Benjamin Jessica, 1995.) En lo que a mi respecta, no hay intento alguno de patologizar ni de despatologizar, sino de entender.

Material Clínico

Presentaré dos casos clínicos para disparar la reflexión: uno de un niño de cinco años y otro de un adulto de cuarenta. No desarrollaré la totalidad de los materiales, sino fragmentos de los mismos que se relacionan significativamente con el tema.

Los padres de S consultan muy angustiados porque su hijo de cinco años presenta conductas y ademanes que ellos consideran muy afeminados, muy amanerados. No juega juegos “*clásicos de varones*” sino “*juegos de nenas*”. Le gusta disfrazarse de princesa, y muy frecuentemente usa la ropa de la hermana mayor de ocho años. Dicen que desde chiquito la sigue mucho, ya que ella tiene personalidad fuerte. Casi no tiene amigos varones del colegio, y si lo invitan no va. Las maestras dicen que en los recreos juega con las nenas, generalmente a “*los bebés*”. S casi siempre hace de bebé. De chico se relacionó más fluidamente con las nenas, por ejemplo sus primas. Está fascinado con una de ellas. Es “*super estético*”, baila todo el día, se hace el payaso. Canta y baila las canciones de Shakira, imitando las coreos. Dicen que él siente que ellos, siempre privilegian a las

hermanas (ocho y tres años), que nunca le creen a él. La madre dice que es hiperactivo: *“Te logra sacar, al punto que puedo no soportarlo.” “Nunca agarra un autito una pelota, juega a la maestra con la hermana. Es como si los juegos de varones lo estresaran”*. El padre refiere que de chiquito S no tenía mucho vínculo con él, cosa que sí tuvieron ambas hermanas. Según la madre, la hermana mayor siempre fue más *“fácil”, “camina sola”,* y que la chiquita es *“más sencilla”*. Dicen que en casa es de crisparse enseguida, se emberrincha. La madre refiere que de recién nacido su vínculo fue idílico, que lo disfrutó un montón. Pero a partir de los ocho meses comenzó a gatear y a emberrincharse. Tenía pataletas fuertes. Se pegaba la cabeza contra el piso. Dice la mamá: *“Eso me descolocó, me angustió. No lo podía manejar. No era “buenito” como la hermana mayor. Yo lo veía como algo “loco”, tengo un hermano que es esquizofrénico.”* Si bien no es agresivo, está todo el día moviéndose, bailando, gritando, con gestos afeminados, o aniñados. Dicen que es agotador. La mamá de un amigo les comentó que S dijo: *“Es mejor ser mujer, porque te retan menos”*. El año anterior se fracturó por segunda vez el brazo, en los juegos del colegio, por estar todo el día saltando. En unos meses va a tener que ser operado. Ambos padres terminan la entrevista preguntándose si hicieron algo mal en la crianza de S.

Cuando lo vi por primera vez a S me encontré con un niño rubiecito, de físico muy pequeño. No me pareció especialmente amanerado. La madre se quedó temerosa en la sala de espera, pero él entró al consultorio muy resuelto. Me cuenta que una prima de él también va al psicólogo. Dice que es muy amigo de ella, y que tiene “un montón” de primos, de todas las edades y sexos. Pero con quien él más juega es con ella. Me cuenta que prefiere jugar con su hermana menor, porque la mayor a veces es buena, a veces no. Lo obliga a jugar a lo que ella quiere. Y con su hermana menor eso no sucede. Con la mayor siempre juega a *“los hijos”, “a los bebés”,* pero con muñecas, y él no quiere con muñecas. Dice que tiene sus propios juguetes, que son varios títeres. Le pregunto y me los dibuja: *Docky, Perro, Pato y el sapo Pepe.* (Dibujos 1 y 2).

Yo le digo que aquí en el consultorio hay algunos títeres. Se pone a mirar la caja de juegos para buscarlos. Toma una víbora articulada. Me cuenta que él tenía una igual, y que una vez se lastimó con ella, que le apretó un dedo. *“Es la pitón”,* dice. *“La víbora más grande del mundo. Pero no pica, no es venenosa. Te ahorca.*

Te aprieta hasta que morís. Son muy peligrosas. Está la pitón y la boa. Pero no tengas miedo, no atacan a las personas, solo a los animales chicos.”

En la segunda sesión S trae unas revistas de Gaturro. Me lee varios chistes pero yo no encuentro una lógica en su elección. Me dice que su personaje favorito es “Gaturrín”, un bebé. Luego propone dibujar. Dibuja a Titi, su gato, y un árbol. (Dibujo 3).

Después me pregunta qué puede dibujar y le propongo el juego de los garabatos. Yo hago el primero de ellos, ante el cual él dice *“La carita de un nene. No, La carita de una nena”*, (haciéndole el agregado de las dos *“colitas”* del pelo). (Dibujo 4).

Él hace un segundo garabato, que yo transformo en una *“ballena con espuma”*. Mi tercero él lo convierte en *“Una serpiente en una jaula. Una anaconda.”*, dibujándole el contorno que la contiene. (Dibujo 5).

Su cuarto intento a mi me evoca *“un pino”* (le adiciono el tronco), pero a él le parece *“Un tornando”*. Mi quinto garabato, bastante retocado por él, es *“Una nena desnuda. Se le ven las partes”*. (Dibujo 6).

Él hace el sexto, y con pocas modificaciones lo convierto en *“un pájaro raro”* (me quedo pensando en la palabra *“raro”*), pero él ve *“Un hacha”*. Mi séptimo es interpretado por él como *“Los globitos de lo que dice un nene”*. En el octavo yo vuelvo a ver *“un pájaro raro”*, y en el último él visualiza *“Un puercoespín”*.

Días después de la segunda sesión con S, la madre me pide un turno *“urgente”*. Me tienen que decir algo importante. Cuando vienen, ella cuenta que estuvieron hablando y que él tiene algo para decirme (lo dice como si lo estuviera retando). *“Le dije que no puede ser que no se anime a decirlo. Que para eso venimos”*. El padre confiesa, que cuando nació S, él hubiera preferido tener una nena. *“A mi me fue fácil la paternidad de una hija. Un hijo varón me iba a poner más en juego. Yo tengo una relación nula con mi padre, lo que me generó un tema de autoestima. Una nena me era más fácil. Me costó más con S, fue todo un esfuerzo. S fue difícil. Siempre tuve que hacer un esfuerzo por relacionarme con S.”* La esposa refiere que él no lo crió a S en los códigos masculinos, *“No hacían juntos cosas de varones”*. Dice que S estuvo siempre más con la hermana mayor que con el padre. Que S la admira. Dice que sus gestos y movimientos amanerados le producen rechazo. La madre repite la historia de que de bebé le fue fácil. *“Era más tranquilo, fue como ideal, un idilio. Después del año empezaron los berrinches. No*

aceptaba un no. Se daba la cabeza contra el piso. Era agotador. Me hacía acordar a mi hermano esquizofrénico, él era violento a veces. Mis padres tenían una imposibilidad de hacerse cargo, de lidiar con mi hermano. Ellos murieron en un accidente cuando yo tenía diez años. Nos criaron distintas tías. Mi hermano siempre era un tema. Por su violencia nadie nos quería tener. A mi me representaba la cosa loca, la cosa desbordada. Lo miraba de manera loca. Unos tíos míos eran muy estrictos, había que ser muy educado. Nos terminaban echando por mi hermano.”

Casualmente pude conversar con la analista de la madre, quien me refirió la historia traumática que vivió ésta por el fallecimiento prematuro de sus padres. Me llamó la atención que la paciente, antes de su marido, hizo pareja durante años con un hombre que, aparentemente, terminó definiéndose como homosexual.

Como advertí antes, no desarrollaré todo el material de análisis. Se da una primer fase del tratamiento de casi un año, que termina con su operación de brazo, en la que deben practicarle una osteotomía. En ésta etapa S relata, detalladamente, distintas películas. La primera de ellas es “Jurassic Park”. Repite algunos diálogos de memoria, dibuja los personajes y los dinosaurios, e incluso me hace jugar a actuar algunas escenas. Llega a traer un comic de la película. Finalmente, aparece con un DVD portátil para verla juntos. Él la va comentando. Los padres me cuentan que está obsesionado con esa película. Luego el turno es de “Jumanji”. Repite similar despliegue que con la película anterior. Trae muñequitos de los personajes y hasta el juego de mesa de la película, que jugamos durante semanas. Finalmente le toca el turno a “Gremlins”, con la que se da lo mismo que con las anteriores. Cuando trae “Piratas del Caribe” yo tengo la sensación de que ya se trata de otra cuestión. En esta última su atención se focaliza en dos cuestiones: la posibilidad de traer personas desde la muerte hacia la vida (habla de resucitar a sus abuelos maternos), y el personaje de Jack Sparrow, a quien define como “*un marica*”.

Intentaré ser más breve con el segundo caso.

El Dr. G tiene cuarenta años, y es un médico reconocido. Fue Jefe de residentes de un hospital importante. Dice ser gay, y está angustiado por sus innumerables y cada vez más frecuentes infidelidades. Está en pareja hace cinco años y teme que él lo descubra. Durante los primeros meses de análisis describe conductas definitivamente promiscuas. Consisten en tener sexo con diferentes personas, a veces hasta varias distintas el mismo día. Incluso desconocidos a

quienes no vuelve a ver, y hasta en lugares semi públicos. Usualmente, no siempre, toma un rol pasivo.

G supo que sus padres esperaban y deseaban una nena, ya tenían el nombre. Según le contaron, al nacer lo pusieron en un moisés rosa. El padre, en chiste, decía “*Vengan a ver a la nena*”. Recuerda que de chiquito, cinco o seis años, tenía una pesadilla repetitiva: alguien lo perseguía y lo quería atrapar. Generalmente era “*La bruja Cachavacha*”, la que se le aparecía vestida de negro y con una larga escoba. De adulto traerá a análisis muchos sueños de persecución. Recuerda que desde jardín prefería jugar con nenas, aunque era agresivo con ellas. Ya de adolescente recuerda que sus amigos llevaban revistas con fotos de mujeres desnudas, él no sentía ningún interés.

G recuerda una relación conflictiva con su madre. Ella era impredecible. A veces cariñosa, a veces estallaba en cólera. Generalmente estaba de mal humor, o deprimida. En casa era dominante. El padre le tenía miedo, siempre se escapaba, a veces iba “de putas”. Cuando la madre se irritaba le infligía a G, frecuentes castigos físicos, por motivos a veces desconocidos. Más de grande él comenzó a escapar. Ella podía perseguirlo por toda la casa durante bastante tiempo hasta alcanzarlo y castigarlo. En una ocasión terminó sangrando y debieron suturarlo.

G trae otros recuerdos angustiosos, a partir del estímulo de sueños. Situaciones de seducción de parte de su madre, generalmente cuando el padre se iba. Empezaron a irrumpir como flashes, primero deshilachados e inconexos, después más claros. Ella se paseaba desnuda, o en ropa interior. Hacía que se bañaran juntos.

Ya sabiendo que era homosexual tuvo un par de novias, con las que tuvo relaciones sexuales poco satisfactorias. A los 22 años fallece su madre, y pocos meses después, comienza a salir con hombres y tiene sus primeras experiencias homosexuales.

Uno de los puntos de su análisis girará, en gran parte, en torno a la escisión entre amor tierno y deseo sexual, y las dificultades de pareja que eso le ocasiona. La otra tendencia, que va a aparecer en la relación transferencial, es el miedo o fantasía a “*quedar atrapado*”. G empieza a traer sueños en los que se repite un tema central: persecución y/o sometimiento. En un principio no los entendíamos ninguno de ambos. Sueña que lo persiguen, lo atan, lo ahorcan, lo atrapan, lo dejan encerrado, lo encadenan. O bien: se le meten invasivamente en su casa, le roban

las llaves y queda “a merced” de otro, etc. Casi siempre quien ejecuta esa acción es una mujer. Muchas veces con rasgos similares a los de su madre (gorda, gritona, alta, con pelo corto). También aparecen mujeres masculinizadas: agresivas, autoritarias o “lesbianas”. En una ocasión una mujer con gorra “de capitán”. Pocas veces el otro es masculino: por ejemplo un hombre de origen árabe (ex pareja suya), celotípico, que en la realidad, lo dejaba encerrado y se iba a trabajar. Eventualmente el agente puede hasta ser un animal. Sueña que un perro le muerde la mano y no la suelta. Un mono lo abraza, lo asfixia y lo muerde. Drácula lo persigue y lo vampiriza. Un muerto-vivo lo convierte en zombi.

Va variando el daño o defecto infligido por el sometedor. A veces el resultado es simplemente eso: quedar sometido. Aparecen diversas variaciones: perder su voluntad, su deseo, (vampirizado, zombi); o perder su capacidad de habla o de movimientos (paralizado, “como con un ACV”). Otras veces el resultado es la pérdida de una parte del cuerpo, lo cual empecé a entender como una expresión directa de fantasía de castración: un mono le muerde un dedo y se lo termina arrancando. La bruja Cachavacha lo persigue, lo muerde y le come la nariz, o le pega con su escoba y se le desprende una pierna. Luego de un parto difícil un bebé nace enfermo, y sin un brazo.

Reflexiones

Entre muchas, una de las primeras cuestiones que me llamó la atención del caso S son las panzas sombreadas de negro en casi todos sus dibujos iniciales. (Dibujos 1, 2 y 3). Tales “agujeros negros” me hicieron pensar en algo del orden de lo siniestro, de lo mortífero. También los vi como una expresión plástica de la angustia. En cualquier caso lo asocié con algo traumático.

¿Serían expresión de su angustia ante el rechazo de la madre por el surgimiento de su autonomía y/o su agresividad-motilidad primaria? ¿Expresión, en él, del trauma no resuelto de la madre, por el fallecimiento de sus padres?

¿Expresión de su ansiedad de castración?

Que una intensa ansiedad de castración está presente no quedan dudas: Dibujo 1. (Véase incluso la expresión de angustia del rostro). El “corte” en el árbol (Dibujo 3). Y también por todos los contenidos amenazantes y de peligro que aparecen en el juego de los garabatos: anaconda, tornado, hacha, puercoespín (defensa ante amenaza externa). Lo que también aparece como cristalina es la

frase “*Es mejor ser mujer porque te retan menos*”, que plasma la respuesta del sujeto al deseo del otro. Desde el inicio se ve claro que lo masculino (la masculinidad) aparece como algo peligroso: la víbora articulada que lo lastimó, la pitón (¡vaya signifiante!) y anaconda como letales, la serpiente que tiene que encerrar en el juego del garabato (Dibujo 5), etc.

La intensa ansiedad de castración y la concepción de lo masculino como peligroso van a desembocar en una respuesta del sujeto hacia la bisexualidad. Esto aparece claro en la vacilación de respuesta (entre nene y nena) que da S en el Dibujo 4 (las “*colitas*” de la nena también tienen un valor fálico), y más nítidamente en el Dibujo 6. Por supuesto no estamos hablando aquí de una bisexualidad común neurótica que todos portamos, resultado de las identificaciones cruzadas con ambos progenitores, sino de una coartada para evadir, desmentir la castración. Es una forma ilusoria de pretender una completud. Estrategia inconsciente para escapar a la incertidumbre y las angustias de la existencia ante lo indecible, lo traumático, los rechazos, la muerte. Con lo traumático me refiero aquí tanto a lo no resuelto en los padres (fallecimiento de abuelos maternos, ausencia del abuelo paterno) como lo traumático directo para el sujeto: el rechazo de la madre a su autonomía-agresividad primaria. Agresividad y aumento de la actividad locomotora que Erik Erikson ve como rasgos “masculinos”, (ver Erikson E., 1959). S compensa el abandono con una supuesta autosuficiencia. La otra reacción a la que S recurre para desmentir la castración es la detención del tiempo. Esta variable lo eterniza en una identidad inmutable de bebé: los juegos con compañeras y hermana mayor, conductas abebadas, Gaturrín. Congelamiento del tiempo que lo paraliza en un paraíso que niega el crecimiento (que le angustia), y que coincide con el momento de relación idílica, no conflictiva, con la madre. Ambos temas (bisexualidad, y detención del tiempo) son abordados por Levín Raúl en “Acerca de las teorías sexuales infantiles y su perpetuación en la vida adulta”, (Revista Psa. de APdeBA, 2007). (Aunque en el caso clínico analizado por él, más que de bisexualidad se trata de feminización).

La fascinación de S por los films son congruentes con esta configuración. Jurassik Park, Jumanji y Gremlims tienen algo en común. El eje temático de las tres películas implican una animalidad (pulsionalidad) peligrosa, que puede desbordarse y descontrolarse. Y de hecho lo hace. Lo cual también debe entenderse como una realización de deseo de S de poder desinhibir su pulsionalidad (masculina).

Es visible que tal peligrosidad se vincula a la concepción inconciente de la madre de lo masculino como loco y/o peligroso, a partir de las situaciones traumáticas vividas con su hermano esquizofrénico. Podemos también conjeturar que su rechazo a lo masculino la haya llevado en el pasado, a formar pareja con un hombre homosexual.

¿Estas características que se presentan en el caso de S, terminarán constituyendo una identidad homosexual? Es posible. Pero a ciencia cierta no lo sabemos. Puesto que es un niño y su psiquis está en proceso de estructuración. Y hay un análisis en curso.

En el caso del Dr G, en cambio, creo ver una fantasía central que aparece en toda su producción onírica, que parece girar en torno al temor a ser engolfado por la figura de apego central. Su fantasma principal cristalizado consiste en quedar atrapado, absorbido, fusionado, sometido, en una relación afectiva. La madre, concretamente lo usó (incluso sexualmente) como compensación de sus trastornos afectivos, como una extensión de sí misma, tal vez destinada a desmentir su propia castración. En los sueños y asociaciones inconcientes de G, el despegue, el distanciamiento de esa simbiosis, sólo es posible mediante un mecanismo de identificación masiva con el agresor, es decir asumiendo una identidad mayormente femenina. Son varias las cadenas inconcientes en las que aparece el resultante de esa separación, de ese corte: la castración. Ésta aparece como pérdida directa de una parte del cuerpo. O bien figurada como defecto, enfermedad, pérdida de voluntad, mudez, o como feminización. La identidad de G también tiene en su base algo reactivo: una fobia, un rechazo a lo femenino, y a las mujeres en general. Las mujeres se la han inscripto como invasivas y peligrosas. Es muy gráfico como los sueños de las persecuciones de la bruja Cachavacha (con su escoba-falo) remedan las experiencias reales con la madre, incluyendo el daño infligido. Las seducciones sexuales de la madre también contribuyeron a que ésta fuese inscripta como objeto agresor, pero también como objeto excitante, del cual G, angustiado, intentaba sustraerse.

Sin entrar en demasiados detalles, también es posible concebir que la disociación entre amor tierno y sexualidad de G, se erige como estrategia inconciente que le permite “restar poder” al objeto, para poder sustraerse y tomar distancia del mismo. Para no depender masivamente de él. Ésto sin negar la obviedad de que su actividad sexual promiscua está al servicio de regular

maniácamente ansiedades y sentimientos depresivos. Su tendencia a la bisexualidad (G podía desempeñar sexualmente ambos roles, lo que ostentaba con cierto orgullo) también es parte de una estrategia inconciente para desmentir la castración, y la diferenciación sexual.

¿Pero qué tienen de similar ambos casos? ¿Hay un denominador común?

Yo creo que sí. Tal denominador común es una madre que presenta un intenso rechazo inconciente a la masculinidad, a "lo masculino". Tal rechazo puede tener múltiples causas u orígenes. En todos ellos lo masculino es concebido como peligroso y/o amenazante. Algo que puede lastimar y/o producir dolor mental y/o físico. El otro masculino puede ser visualizado tanto invasivo, como abandonico. En el caso de S vimos que también puede ser considerado como algo "loco", enfermo, desbordado, o descontrolado. En otro caso, era visualizado como perverso o, textualmente "*depravado*". Es de suponer que tales concepciones estén en relación a las experiencias que hayan tenido esas madres con sus objetos masculinos de apego primario, a lo largo de su historia. Y aquí vuelve a entrar en juego el orden de lo traumático. Esto coincide con el planteo de Raúl Levín de que casi todos los casos de homosexualidad precoz (supuesta) están en relación a traumas no resueltos de los padres (Levín Raúl, 2013).

Tal rechazo a la masculinidad, o lo masculino, por parte de la madre no debe ser confundido con lo que plantea Bollas (basándose en apreciaciones de Lacán) en relación a la etiología de la histeria. Lo que él describe es una madre que puede investir libidinalmente, en forma normal, globalmente todo el cuerpo de su hijo. Menos los genitales. Tal rechazo puede direccionarse, según el caso, tanto a los genitales masculinos, como a los femeninos. (Ver "Hysteria", Bollas C., 1999).

Tampoco hay que desdeñar el papel del padre. De hecho en ambos casos clínicos, por diversos motivos, ambos padres habían preferido tener hijas mujeres.

Sean madres y/o padres, mi planteo es coincidente con lo que menciona Meltzer en "Estados sexuales de la mente". Él afirma que el desarrollo de la concepción de lo masculino y lo femenino que cada sujeto construya derivará de sus experiencias reales con sus progenitores, y de qué significa, cuál es el valor, de ser hombre o ser mujer, en el universo subjetivo de cada familia singular. (Meltzer D., 1998). Tal valor, será internalizado como contenido que formará parte del Superyó, y del Ideal del yo del niño. Entonces sí, a partir de estas reflexiones, podremos decir que la identidad sexual estará asociada a la respuesta personal que dé el sujeto a

las presiones de: los mandatos superyoicos por un lado, los ideales, las identificaciones, y el apremio pulsional por otro. (Peskin L., 2014).

Muy frecuentemente, el tipo de madre descrito anteriormente, coincide con lo que yo llamo “madre fálica”. Y no me refiero aquí a la madre fálica como la concepción evolutiva normal que el niño puede tener de ésta, en una determinada fase de su desarrollo psicosexual, tal como lo describe Freud en la ya clásica teoría sexual infantil. Me refiero con el término “madre fálica” a mujeres que adquieren y se apropian de las características de lo que temen, de lo que rechazan, como una manera de defensa, invirtiendo la situación. “No soy yo la indefensa que será lastimada, atacada, invadida. Yo soy el hombre. Yo tengo el falo, el cuchillo, la escoba, el palo que puede lastimar.” Ellas se convierten, inconcientemente, en los otros masculinos temidos. Es básicamente, una vez más, un mecanismo de defensa de identificación con el agresor. Compensan sus propias vulnerabilidades con tal “disfraz”, a la vez que es también una suerte de desmentida de su propia castración. (véase Mc Dougall Joyce, 1997). (Incluso habría que explorar, en sincronía con lo que plantea esta autora, si tal configuración podría estar presente como predisposición, no solo en algunos tipos de homosexualidad masculina, sino también en algunas formas de homosexualidad femenina.)

Ésto no es algo nuevo. Si bien no coincide plenamente, ni se plantea el mismo análisis, ya Freud había visualizado este tipo de características en una madre, la de un hombre homosexual famoso: Leonardo Da Vinci. (véase Freud Sigmund, 1907). Leyendo detalladamente el texto de Freud tenemos la sensación que se está todo el tiempo bordeando la concepción de una madre fálica identificada al objeto temido, sin llegar a mencionarlo nunca. Por otra parte, es visible que Freud atribuye el origen de la identidad sexual de Leonardo a las interacciones tempranas reales del infante con su madre, concepción con la cual estoy totalmente de acuerdo.

El mencionado carácter “fálico” es muy visible en la madre del Dr. G, tal como el paciente lo plasma en su rica producción onírica: mujeres altas, gritonas, masculinas, de pelo corto, autoritarias, lesbianas, con “gorra de capitán”, con “escoba”, etc. Tal vez, aunque no inexistente, ésta condición aparece menos perceptible en la madre de S.

Siendo tan extensa la literatura en relación a estos temas, me parece improbable que las observaciones clínicas desarrolladas en esta exposición no se

hayan descrito anteriormente, aún cuando personalmente nunca tomé contacto con ellas.

Finalmente quiero aclarar que las reflexiones vertidas no intentan dar una explicación terminada ni definitiva de la etiología de la homosexualidad masculina (ya vimos que, incluso, ni siquiera es posible hablar de “la” homosexualidad). Se trata simplemente, de una configuración posible, tal vez muy frecuente, entre la multiplicidad casi infinita de los potenciales destinos de desarrollo psicosexual del sujeto humano.

Nota del autor: *El material clínico de S fue supervisado con el Dr. Levín Raúl, 2013.*

Resumen

El trabajo intenta disparar la reflexión respecto de la etiología de algunos tipos de homosexualidad masculina. Con tal objetivo se parte de dos materiales clínicos en los que se pone en evidencia la importancia de los sucesos traumáticos experimentados en el marco de los vínculos tempranos con los objetos primarios. En ambos casos se muestra cómo tales traumas logran expresión en las formaciones del inconsciente de los pacientes: dibujos y juegos de un niño de cinco años, y sueños de un adulto de cuarenta.

Descriptores

-Identidad sexual. –Homosexualidad. –Etiología. –Trauma. –Casos clínicos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aulagnier, Piera. *Los destinos del placer*, 2004. Ed. Paidós, Buenos Aires.
- Benjamin, Jessica. *Los Lazos de Amor*, 1988. Ed. Paidos, Buenos Aires.
- Sujetos Iguales, Objetos de Amor*, 1995. Ed. Paidos, Buenos Aires

- Bollas, Christopher. *Forces of destiny*, 1989. Ed. Free Association, Londres.
 - Ser un personaje*, 1994. Ed. Paidós. Buenos Aires.
 - The mystery of things*, 1999. Ed. Routledge, Londres.
 - Hysteria*, 2000. Ed. Routledge, Londres.
- Butler, Judith. *Gender trouble*, 1990. Ed. Routledge, Nueva York.
- Chodorow, Nancy. *The reproduction of mothering: Psychoanalysis and the sociology of gender*, 1978. University of California Press, Berkeley.
- Erikson, Erik. *Infancia y sociedad*, 1959. Ed. Hormé, Buenos Aires.
- Flax, Jane. *Thinking fragments: psychoanalysis, feminism, and postmodernism in the contemporary west*, 1990. University of California Press, Los Angeles.
- Freud Sigmund. *Tres ensayos de teoría sexual*, 1905. Ed. Amorrortu, Buenos Aires.
 - Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*, 1910. Ed. Amorrortu, Buenos Aires.
 - Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina*, 1920. Ed. Amorrortu, Buenos Aires.
 - Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad*, 1922. Ed. Amorrortu, Buenos Aires.
 - Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*, 1925. Ed. Amorrortu, Buenos Aires.
 - Fetichismo*, 1927. Ed. Amorrortu, Buenos Aires.
- Jiménez, Juan Pablo y Moguillansky, Rodolfo. *Clinical and Theoretical Aspects of Perversion*, 2011. Ed. Karnac, Londres.
- Laufer, M. y Laufer, E. *Adolescence and Developmental Breakdown*, 1985. Ed. Karnac. Londres.
- Levín, Raúl. *Acerca de las teorías sexuales infantiles y su perpetuación en la vida adulta*, 2007. Revista Psicoanálisis de APdeBA, Vol. 29, Nº 2, Buenos Aires.
 - Comunicación personal, 2013.
- Mac Dougall, Joyce. *Alegato por una cierta Anormalidad*, 1978. Paidós, Buenos Aires.
- Moguillansky, Carlos. *Las instituciones latentes y el el Debut Adolescente*, 2012. Revista Controversias en Niñez y Adolescencia, APdeBA.
- Meltzer, Donald. *Los Estados Sexuales de la Mente*, 1974. Ed. Kargieman, Buenos Aires.

- Peskin, Leonardo. *La sexualidad: ¿Sexuación o género?*, 2014. Revista Psicoanálisis de APdeBA, Vol. 36, Nº 2/3, Buenos Aires.
- Preciado, Beatriz/Paul. *Testo junkie: sex, drugs, and biopolitics in the pharmaco - pornographic era*, 2013. Ed. The feminist Press, city University of New York, Nueva York.
- Stern, Daniel. *El Mundo Interpersonal del Infante*, 1991. Ed. Paidós, Buenos Aires.
- Stoller, Robert. *Sex and Gender*, 1968. Ed. Jason Aronson, Nueva York.
 - El "pasaje" y el continuo de la identidad sexual*, 1967. En la compilación: *Homosexualidad en el hombre y en la mujer*, 1967. Ed. Hormé, Buenos Aires.
- Winnicott, Donald. *Exploraciones psicoanalíticas, I y II*, 1991. Ed. Paidós, Buenos Aires.
 - El proceso de maduración y el ambiente facilitador*, 1993. Paidós, Buenos Aires.
 - Realidad y Juego*, 1971. Ed. Gedisa, Barcelona.